
Paranoia y vértigo en la ciudad de Los Ángeles

David Sánchez Usanos

Abstract: This article explores the contradictions we have to deal with when we try to think our current experience of the city when using classical approaches. When we attend to the statements made by Aristotle in his *Politics* about the «social nature» of human being and how this is linked with our moral sensitivity we have to conclude that this doesn't work anymore for contemporary cities. In this sense, the city Los Ángeles (CA, USA) is just an example of some tendencies that we can see all over the world about the way contemporary urban experience has to do more with some forms of solitude, alienation and paranoia than with an «integrate life» or with the genuine human experience suggested by the classics. We try to show this analyzing some cultural products referred to the city of Los Ángeles as well as some theoretical reflections about postmodernity.

Keywords: Los Ángeles, Aristotle, paranoia, postmodernity, *pólis*, urban experience, Kevin Lynch.

Estas líneas no pretenden ser un retrato exhaustivo de Los Ángeles (California), tampoco algo parecido a unas recomendaciones para el viajero ni desde luego nada que tenga que ver con una reflexión definitiva sobre esa ciudad. Sí intentaré ofrecer algunas hipótesis o conjeturas que me sugiere la imagen de dicha ciudad, hipótesis o conjeturas que, surgidas a partir de la experiencia de Los Ángeles (experiencia de la que no puedo desligar cierta mitología asociada a los clubs de West Hollywood, a la voz de Axl Rose o al cadáver de River Phoenix), quizá sirvan para tratar de pensar nuestra realidad urbana contemporánea, con independencia de que hayamos estado alguna vez en esa ciudad.

Quizá en Los Ángeles se puedan percibir con más intensidad —por el modo exagerado, a menudo histriónico, con el que se presentan— determinadas pautas, determinadas tendencias que, en mayor o menor medida, afectan a toda ciudad contemporánea. Lo primero que habría que plantearse es si «ciudad» o «ciudadano» son términos vigentes para describir nuestra situación, para referirnos a los lugares que habitamos y a nuestro modo de vivirlos. Para ello puede ser de utilidad comenzar recuperando algunas reflexiones clásicas sobre estas cuestiones. A continuación hablaremos de la desorientación como uno de los efectos característicos de nuestro tiempo y de nuestras ciudades y, por último, subrayaremos algunos elementos recurrentes en las representaciones culturales de la ciudad de Los Ángeles.

1. Ciudad, *pólis*, *urbs*, *civitas*

Cuando hablamos de ciudad, conviene pensar que no sólo nos estamos refiriendo a una dimensión física, a una determinada disposición de calles, edificios, construcciones, sino también a las relaciones sociales que esas mismas construcciones significan y propician. Hay al menos dos términos latinos para nombrar la ciudad: *urbs* que alude a la muralla, a los límites definidos por la piedra que abraza y protege a la ciudad del presunto enemigo o invasor¹ y *civitas*, que tiene que ver con el lenguaje, con los usos y costumbres propios de los que viven juntos, con su moral, con su cultura, con su civilización, en definitiva. Ambas dimensiones, la física y la social-mental, se recogían en el término griego *pólis*, en consecuencia hemos de interpretar la *Política* de Aristóteles como un tratado acerca de la ciudad, de la vida en las ciudades. La ciudad es, en realidad, la verdadera naturaleza del hombre, pues tiene que ver con su carácter social, con el modo en que se relaciona con sus semejantes (*política*), con su lenguaje y con su forma de sentir.

De todo esto es evidente que la ciudad es una de las cosas naturales, y que el hombre es por naturaleza un animal social [*politikón zôion*], y que el insocial por naturaleza y no por azar es o un ser inferior o un ser superior al hombre.

Como aquel a quien Homero vitupera:

sin tribu, sin ley, sin hogar,

porque el que es tal por naturaleza es también amante de la guerra, como una pieza aislada en el juego de damas.

La razón por la cual el hombre es un ser social, más que cualquier abeja y que cualquier animal gregario, es evidente: la naturaleza, como decimos, no hace nada en vano, y el hombre es el único animal que tiene palabra.

Pues la voz es signo del dolor y del placer, y por eso la poseen también los demás animales, porque su naturaleza llega hasta tener sensación de dolor y de placer e indicársela unos a otros. Pero la palabra es para manifestar lo conveniente y lo perjudicial, así como lo justo y lo injusto. Y esto es lo propio del hombre frente a los demás animales: poseer, él sólo, el sentido del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, y de los demás valores, y la participación comunitaria de estas cosas constituye la casa y la ciudad.

Por naturaleza, pues, la ciudad es anterior a la casa y a cada uno de nosotros, porque el todo es necesariamente anterior a la parte.²

Entonces, según Aristóteles lo que distingue al hombre del animal es la capacidad de aquél para diferenciar el bien del mal, para saber dónde está lo justo y conveniente, para, presuntamente, organizar su vida con los demás en función de esos parámetros y lograr así la felicidad. Con-

vendría no desconectar este aspecto del tamaño de la *pólis*, la ciudad típica en la que pensaban los antiguos estaba relacionada con la realización de una asamblea: el límite lo marcaba el alcance de la voz humana (sin emplear medios artificiales de amplificación). Ya en este punto vemos que las condiciones que sirvieron para configurar buena parte de nuestro vocabulario político —vale decir «ciudadano»— resultan inconmensurables con la experiencia contemporánea. Definitivamente, nuestras ciudades no son las de la antigüedad clásica.

Para empezar, los márgenes de la ciudad contemporánea cada vez son más difusos. Salvo accidentes geográficos más o menos definitivos (ríos, cadenas montañosas o línea de costa) no resulta sencillo determinar dónde empiezan y dónde terminan nuestras grandes ciudades, de ahí que a menudo se recurra a la fórmula «área metropolitana» para aludir a esa zona de influencia que ejercen las modernas urbes. Quizá Los Ángeles sea una de las ciudades donde esto se ve con mayor claridad, de hecho, encontrar el «centro» de Los Ángeles es una tarea casi imposible, además de poco recomendable una vez cae el sol. La ciudad californiana tiene unos cuatro millones de habitantes, pero si tenemos en cuenta esa área de influencia (*Los Angeles Five-County Area*³) estamos hablando de 18,6 millones de personas. No obstante, lo más llamativo no es tanto la población, sino su diversidad (se hablan más de 140 lenguas)⁴, su disposición a lo largo y ancho del territorio (Los Ángeles es una ciudad más horizontal que vertical), su dependencia absoluta del coche y la relativa falta de cohesión social.

En este sentido, uno de los episodios más llamativos de la historia reciente de Los Ángeles fueron los disturbios que se produjeron a comienzos de los años noventa. En 1992 un jurado absolvió a los policías implicados en la paliza a un taxista de raza negra, Rodney King. Dicha paliza fue grabada por un vecino de la zona donde se produjeron los hechos: la existencia de esas imágenes sin duda contribuyó decisivamente a la indignación y a los disturbios que se adueñaron de la ciudad durante días, dejando un balance de más de sesenta muertos, miles de heridos y cientos de detenidos⁵.

En cierto modo las escenas de violencia que se vivieron habían sido anticipadas por el cine y la cultura popular y también fueron recreadas después; dado que nuestro interés se centra en tratar de comprender la experiencia urbana contemporánea y que tomamos a Los Ángeles como «caso de estudio», creemos que la violencia y el crimen pueden ser interpretados como expresiones sobrecargadas de una realidad cotidiana ya de por sí dislocada⁶ y que en no pocas ocasiones pueden contribuir a desarrollar cartografías urbanas más precisas⁷. En general, los momentos excepcionales pueden servir para examinar con más precisión las «condiciones normales» de existencia, así, también el comportamiento de las comunidades humanas ante las catástrofes naturales puede resultar revelador respecto a lo que consideran habitual. En 1994, fruto de la intensa actividad sísmica que afecta a California, se produjo un gran apagón en la ciudad de Los Ángeles. Durante aquella noche el observatorio astronómico Griffith, situado en las montañas de Hollywood, recibió numerosas llamadas telefónicas de ciudadanos alarmados ante la presencia de una especie de nube plateada que desprendía una potente luz, nadie recordaba haber visto

algo así en el cielo de Los Ángeles. Tras el desconcierto inicial, los astrónomos averiguaron cuál era la causa de tan extraño fenómeno: los alarmados habitantes de Los Ángeles acababan de descubrir la Vía Láctea. La galaxia, oculta durante décadas por la contaminación lumínica de una de las zonas más habitadas y más ricas del planeta, volvió a resultar visible debido al corte en el suministro eléctrico causado por el terremoto⁸.

2. Desorientación

Para hablar de nuestro presente, de la modernidad, se suele citar aquella frase del *Hamlet* «The time is out of joint» y, a pesar del abuso, sigue conservando cierta precisión: en efecto, nuestro mundo parece fuera de quicio, algo que se deja sentir en las ciudades que habitamos. Entre ellas destaca Los Ángeles por la especial confusión que propicia (las carreteras se confunden, los mapas no sirven, las estrellas no se ven). *La imagen de la ciudad*⁹ es un documento clásico dentro del paradigma de la reflexión urbana. Se trata de una obra de 1960 que ofrece algunas pautas de análisis que aún siguen vigentes. Entre otras cosas, su autor, Kevin Lynch, se propone analizar la «legibilidad» de la ciudad americana, la posibilidad de que sus habitantes generen una imagen mental organizada y coherente de la ciudad en la que viven. Para ello plantea un sencillo ejercicio que se parece a dibujar un pequeño mapa de los principales hitos relacionados con sus desplazamientos cotidianos; posteriormente se compara ese mapa dibujado «de memoria» con uno real y se valoran las coincidencias. En el «experimento» participan habitantes de tres ciudades: Boston, Jersey City y Los Ángeles.

Los habitantes de la ciudad californiana eran, de forma clara, los que tenían más dificultades para construir el tipo de imagen que buscaba Lynch, una configurada a partir de elementos como la ruta, los límites, el barrio, determinados nodulos e hitos. Los tres componentes principales de esa «imagen ambiental» son la identidad (que la imagen posea unos límites precisos, que se distinga con nitidez), la estructura (que sus elementos estén organizados) y el significado (que guarde alguna relación con el observador y con otros objetos). La imagen, en suma, es una herramienta que integra aspectos que tienen que ver con la sensación y con la memoria y cuya finalidad es servir de guía para la acción. Los problemas para generar una imagen de la ciudad nos informan, entonces, de dificultades de orden psicológico, perceptivo o existencial que, si bien puede que se agudicen en la ciudad de Los Ángeles, creemos que no son privativas de esa urbe sino que, en cierto modo, constituyen aspectos típicos de la experiencia urbana contemporánea.

En relación con esto, quizá resulte conveniente recordar que una de las notas más sugerentes del célebre artículo de Fredric Jameson, *El postmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*¹⁰, tenía que ver precisamente con la invitación a desarrollar mapas cognitivos que permitiesen integrar la experiencia contemporánea, combatir la fragmentación de la identidad y el bloqueo (histórico, político, perceptivo) que resulta característico de nuestro tiempo.

Podríamos entender que Los Ángeles, con la desorientación física y vital que fomenta, en cierto modo constituye la ciudad postmoderna por excelencia, que puede verse, en fin, como un síntoma de nuestro tiempo, de lo que nos sucede o de lo que podría sucedernos. Si la ciudad es nuestro verdadero medio ambiente, nuestro ecosistema y nuestro paisaje, las representaciones de la ciudad, las visiones de la ciudad, que nos proporcionan el arte y la cultura pueden constituir también una especie de manómetro con el que medir la presión de nuestras almas complicadas¹¹.

3. La imaginación del desastre¹²

Los Ángeles es una de las ciudades del mundo que ha tenido más presencia en los productos culturales más perturbadores del último siglo. Raymond Chandler, quizá el autor más conocido del género negro, solía situar allí sus relatos, de hecho podría decirse que en determinados momentos Los Ángeles es el verdadero protagonista de su ficción. Algo parecido podríamos decir de James Ellroy (*L. A. Confidential*, *La dalia negra*) o del menos conocido Joseph Wambaugh (marine, antiguo policía de Los Ángeles y autor de *Campo de cebollas* o *Cuervos de Hollywood*). En una distópica Los Ángeles se ambienta *Blade Runner* (1982), a esa ciudad acude siempre Terminator (1984, 1991, 2003, 2009 y 2015) desde un futuro apocalíptico y en Los Ángeles un iracundo William Foster (Michael Douglas) arremete contra todo lo que configura su día a día (*Un día de furia / Falling down*, 1993), en esa ciudad transcurre la película con la que Quentin Tarantino cambió la historia del cine con sus torsiones temporales y su particular mezcla de humor, sangre y melomanía (*Pulp fiction*, 1994). De hecho, es como si Los Ángeles impusiese argumentos basados en la corrupción, el tráfico de drogas y las persecuciones en coche (de la saga *Lethal Weapon* (*Arma letal*) (1987-1998) a *Heat* (1995) o *Training day* (2001)); si a ello le añadimos una eficaz dosis de bloqueo emocional desembocamos en una de las películas con uno de los imaginarios más influyentes de los últimos años: *Drive* (2011).

Parece que todo el mundo escapa de algo en Los Ángeles, siempre solo, siempre en coche. Al comienzo de la magnífica *Collateral* (2004) de Michael Mann hay un diálogo que creemos viene muy al caso para tratar de iluminar la particular extranjería que propicia esta ciudad. Vincent, el personaje interpretado por Tom Cruise, es un asesino a sueldo que ha de realizar varios «encargos» a lo largo de la noche. Max (Jamie Foxx) es el taxista que le lleva a su primer destino, sin saber a qué se dedica su cliente entabla una inolvidable conversación mientras en la pantalla se suceden unas elegantísimas tomas nocturnas de Los Ángeles. Apenas llevamos un cuarto de hora de metraje, el espectador ya se ha introducido en la realidad cotidiana de Max, en la mezcla de provisionalidad, profesionalidad y sueños aplazados característica de la gran ciudad; entonces aparece Vincent, coge el taxi y, asombrado por la precisión con la que Max pronostica el tiempo de llegada a su destino (siete minutos), intenta apostar a propósito del importe del viaje, pero Max se niega pues dice que ya ha regalado su anterior carrera a una chica. Entonces Vincent pregunta si ha quedado con ella. Es la

pista definitiva que Max necesita para saber que Vincent no es de Los Ángeles, allí las relaciones personales no son así de sencillas, nada lo es.

— [Max] ¿Es su primera vez en L.A.?

— [Vincent] No. Si te soy sincero, cada vez que vengo estoy deseando irme: demasiado desparramada y desconectada. Así lo veo, ¿a ti te gusta?

— Es mi hogar.

— Diecisiete millones de personas, si fuese un país sería la quinta economía del mundo, y nadie se conoce. Leí lo del tío aquel que cogió el metro y se murió dentro del vagón, pasaron seis horas hasta que se dieron cuenta de que había un cadáver dando vueltas por L. A., con gente entrando, saliendo y sentándose a su lado. Y nadie se dio cuenta.

Poco después, Vincent valora la limpieza del taxi y le pregunta por las condiciones de su trabajo. Max le habla de que prefiere la noche y de que, en todo caso, se trata de un trabajo provisional:

— ¿Y cuánto llevas trabajando en el taxi?

— Doce años.

No deja de resultar simbólicamente eficaz que el certero retrato de esa ciudad sin alma nos lo proporcione un asesino, alguien profundamente humano en el sentido aristotélico antes mencionado: capaz de distinguir con precisión el bien del mal, lo justo y lo injusto. La ciudad contemporánea parece situarnos ante una encrucijada: o bien anestesiar eso que nos hace humanos pero que resulta contraproducente para habitar lugares donde la desigualdad y el sufrimiento resultan ubicuos, o bien convertirnos en cómplices de los agentes que los causan. Este diálogo a propósito de Los Ángeles parece el epítome de la experiencia urbana contemporánea, donde la vida y la muerte no son tan distintas, donde el espacio y el tiempo se relativizan en un miasma alucinatorio, donde cada promesa de amor y reconciliación desemboca en algún tipo de fraude que incita a seguir buscando, a seguir consumiendo. En cierto sentido, la ciudad de Los Ángeles se parece demasiado a un gran anuncio de sí misma, al espejismo de una ciudad: Raymond Chandler afirmó en una ocasión que todo en California tenía un toque desértico, incluida la mente de sus habitantes. Para él Los Ángeles era una ciudad de cartón-piedra donde todo estaba en venta, o, por decirlo con uno de sus personajes, Harlan Potter, el magnate de *El largo adiós*: «Fabricamos los mejores envoltorios del mundo, señor Marlowe. La mayor parte de lo que hay dentro es basura».¹³

La imagen de la ciudad y de las relaciones que propicia no mejora si acudimos a otros ámbitos de la cultura popular, como puede ser el caso del rap o el rock and roll, la obra de John Fante o la poética de Bukowski: la vida en Los Ángeles se parece a una eterna persecución, a una agitación que presagia lo peor:

Los Ángeles

Hay un viejo dicho:
cuando los dioses quieren
destruir a alguien,
primero
lo enfurecen.

Al conducir por la autopista
cada día
me da la impresión

de que
los dioses se
disponen
a
destruir toda
la ciudad
de
Los Ángeles.¹⁴

Como advertíamos al principio, estas consideraciones, además de subjetivas, no pretenden agotar la experiencia de Los Ángeles, pero creemos que subrayan algún aspecto que sí resulta típico de esta ciudad y que, en virtud de la homogeneidad patrocinada por la globalización-postmodernidad, puede constituir una tendencia que tarde o temprano, en mayor o menor medida, se confirme en toda ciudad contemporánea. Estaríamos hablando entonces de un tono emocional que está reñido con la *philía* de la que parece hablar Aristóteles en su *Política*. El estado mental característico de nuestro tiempo se parecería a un aturdimiento generalizado, a un embotamiento de los sentidos apto para sobrevivir a los altos niveles estimulares a los que estamos sometidos, a una actitud defensiva a partir de la cual interpretamos a los otros (a la presunta verdadera ciudad) como una potencial amenaza:

La actitud de los urbanitas entre sí puede caracterizarse desde una perspectiva formal como de reserva. [...] la cara interior de esta reserva externa no es sólo la indiferencia, sino, con más frecuencia de la que somos conscientes, una silenciosa aversión, una extranjería y repulsión mutua, que en el mismo instante de un contacto más cercano provocado de algún modo, redundaría inmediatamente en odio y lucha.¹⁵

Si se trata de captar en qué consiste ser ciudadano en el siglo XXI, vivir en una de nuestras ciudades, tristemente creo que las consideraciones de Simmel resultan más vigentes (y más verosímiles) que la insistencia de Aristóteles en la capacidad humana para distinguir el bien del mal y en la facultad que permite expresarla; si las ciudades son también el tipo de ciudadanos que propician, hemos de concluir que nuestras ciudades no nos hacen más felices y que si el habitante de Los Ángeles es el habitante prototípico de nuestro presente, para describirlo hemos de abandonar el terreno de la antigua política y recurrir a la diagnosis clínica, el «ciudadano ideal» es alguien receloso, un punto misántropo y se parece demasiado a alguien que sufre un trastorno paranoide:

Se diagnostica trastorno de personalidad paranoide a individuos que presentan una desconfianza constante, generalizada y duradera y que tienen una visión profundamente cínica del mundo y de los demás. Las personas con este trastorno se muestran hipervigilantes respecto a cualquier ataque físico, verbal o social y no confían en los demás, por tanto, tienden a tener muy pocas relaciones de cierta intimidad. Suelen ser distantes, fríos, discuten con facilidad y se quejan con frecuencia. Puede que se muestren precavidos y reservados, muy lógicos, racionales y faltos de emoción, pero en ocasiones pueden ser sarcásticos, hostiles y rígidos. Por lo general tienen dificultades para relacionarse con los demás y no se desenvuelven bien ni en actividades grupales ni en proyectos colaborativos. Son muy críticos con los demás pero responderán a las críticas que se les hagan a ellos con hostilidad y a la defensiva.¹⁶

Vivir en una gran ciudad es aprender a convivir con el riesgo y la amenaza. La influencia que ejerce la posible conspiración o amenaza en la configuración del orden político y en el modo en que conducimos nuestras vidas puede retrotraerse casi hasta el Leviatán de Hobbes; no es extraño, por tanto, que algunas de las ciudades más emblemáticas de nuestro tiempo (la ciudad más rica de una de las zonas más ricas del mundo, no lo olvidemos) hayan intensificado esos rasgos casi hasta el paroxismo¹⁷. Algo que se ve también en algunas de las estrategias que sus habitantes desarrollan para reapropiarse del territorio, como puede ser el caso del énfasis en «el barrio» y la pertenencia a algún tipo de pandilla¹⁸. Desde un punto de vista cultural, uno de los ejemplos más significativos lo constituye una de las bandas pioneras del *gangsta-rap*, N.W.A. (acrónimo de *niggers with attitude*, «negros con actitud») cuyo fantástico debut se llamaba precisamente *Straight outta Compton* (1988) («Salidos de Compton», Compton es un barrio-ciudad próximo a Los Ángeles); la canción que da título al álbum define la identidad grupal desde el punto de vista de la huida, de la intimidación y del enfrentamiento con la policía (siempre blanca)¹⁹.

Como advertíamos al principio, estas páginas aspiran únicamente a aportar algún elemento útil para tratar de pensar la ciudad contemporánea. En este sentido, este texto no debe tomarse como una prescripción sino como un intento de descripción. Las soluciones a los problemas que aquí se plantean no son sencillas, pero quizá el ser conscientes del laberinto nos acerque más a la salida.

Notas

¹ La relación entre «ciudad», «ciudadano» y «amenaza-peligro» se retomará más adelante.

² Aristóteles, *Pol.*, 1253a 3-13, traducción de Manuela García Valdés para la editorial Gredos (Madrid, 1988).

³ Los Ángeles, Ventura, San Bernardino, Riverside, Orange.

⁴ Cf.: <http://www.discoverlosangeles.com/press-releases/facts-about-los-angeles> (datos correspondientes a 2015; fecha de consulta: dos de junio de 2016).

⁵ <http://spreadsheets.latimes.com/la-riots-deaths/>

⁶ Quizá uno de los documentos más emblemáticos sea el (por lo demás fantástico) álbum homónimo de Body Count (1992, Warner Group Music), que incluía la canción «Cop Killer» («Asesino de policías»), referencias al conflictivo South Central (barrio de Los Ángeles) o a las estadísticas de afroamericanos en prisión en comparación con la población universitaria de la misma etnia.

⁷ Véase el apartado «The political economy of crack» [«La economía política del crack»] en Davis, M., *City of Quartz: Excavating the Future in Los Angeles*, Verso, Londres y Nueva York, 2006 (1990), pp. 309 y ss. [Existe traducción de Rafael Reig: *Ciudad de cuarzo. Excavando el futuro de Los Ángeles*, Lengua de Trapo, Madrid, 2003.]

⁸ <http://articles.latimes.com/2011/jan/04/local/la-me-light-pollution-20110104/2>

⁹ Lynch, K., *The image of the city*, Cambridge [Mass.] Technology Press, 1960. [Hay traducción castellana de Luis Enrique Revol: *La imagen de la ciudad*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 2015.]

¹⁰ «Postmodernism, or The Cultural Logic of Late Capitalism», *New Left Review*, 1/146, julio-agosto de 1984, pp. 52-92. La traducción castellana es de José Luis Pardo, *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Paidós, Barcelona, 1991.

¹¹ Cf. Ludwig Meiner (1884-1966), «Instrucciones para pintar la gran ciudad» (1914), en González García, A., Calvo Serraller, F. y Marchán Fiz, S. (eds.), *Escritos de arte de vanguardia 1900/1945*, Istmo (Akal), Madrid, 2009 (1999), pp. 115-117.

¹² Guiño al fantástico ensayo de Susan Sontag del mismo nombre contenido en *Contra la interpretación*, Alfaguara, Madrid, 1996, pp. 274-295 (traducción de Horacio Vázquez Rial).

¹³ Véase «The City of the Angels», en Day, B. (ed.), *The world of Raymond Chandler. In his own words*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 2014,

pp. 100-124, traducción nuestra, el original dice: «We make the finest packages in the world, Mr. Marlowe. The stuff inside it is mostly junk».

¹⁴ Bukowski, Ch., «Los Ángeles», en *Escrutaba la locura en busca de la palabra, el verso, la ruta*, Visor, Madrid, 2005, p. 253; hemos modificado ligeramente la traducción de Eduardo Iriarte, el original está en *Sifting Through the Madness for the Word, the Line, the Way: New Poem*, Ecco, Nueva York, 2004, p. 224 y dice: there is an old saying: / that those whom the gods wish to / destroy, / they first make / angry. // driving the freeways / each day / it appears to me / that / the gods are getting / ready / to / destroy the entire / City / of / Angels.

¹⁵ Simmel, G., «Las grandes urbes y la vida del espíritu», en *El individuo y la libertad*, Península, Barcelona, 2001 (1971), pp. 375-398, p. 385, la traducción es de Salvador Mas.

¹⁶ DSM-V, adaptado de [http://www.theravive.com/therapedia/Paranoid-Personality-Disorder-DSM--5-301.0-\(F60.0\)](http://www.theravive.com/therapedia/Paranoid-Personality-Disorder-DSM--5-301.0-(F60.0))

¹⁷ A propósito de la relación entre capitalismo y paranoia acabamos de tener noticia de la aparición de *La gran espiral. Capitalismo y paranoia*, de Josep M. Català (Editorial Sans Soleil, Madrid, 2016).

¹⁸ La documentación al respecto es inmensa, aquí una muestra reciente: <http://www.latimes.com/la-me-south-la-rollout-spanish-story.html>

¹⁹ Resultan muy recomendables tanto el videoclip de la canción: <https://www.youtube.com/watch?v=TMZi25Pq3T8> como la reciente película documental *Straight outta Compton* (2015).